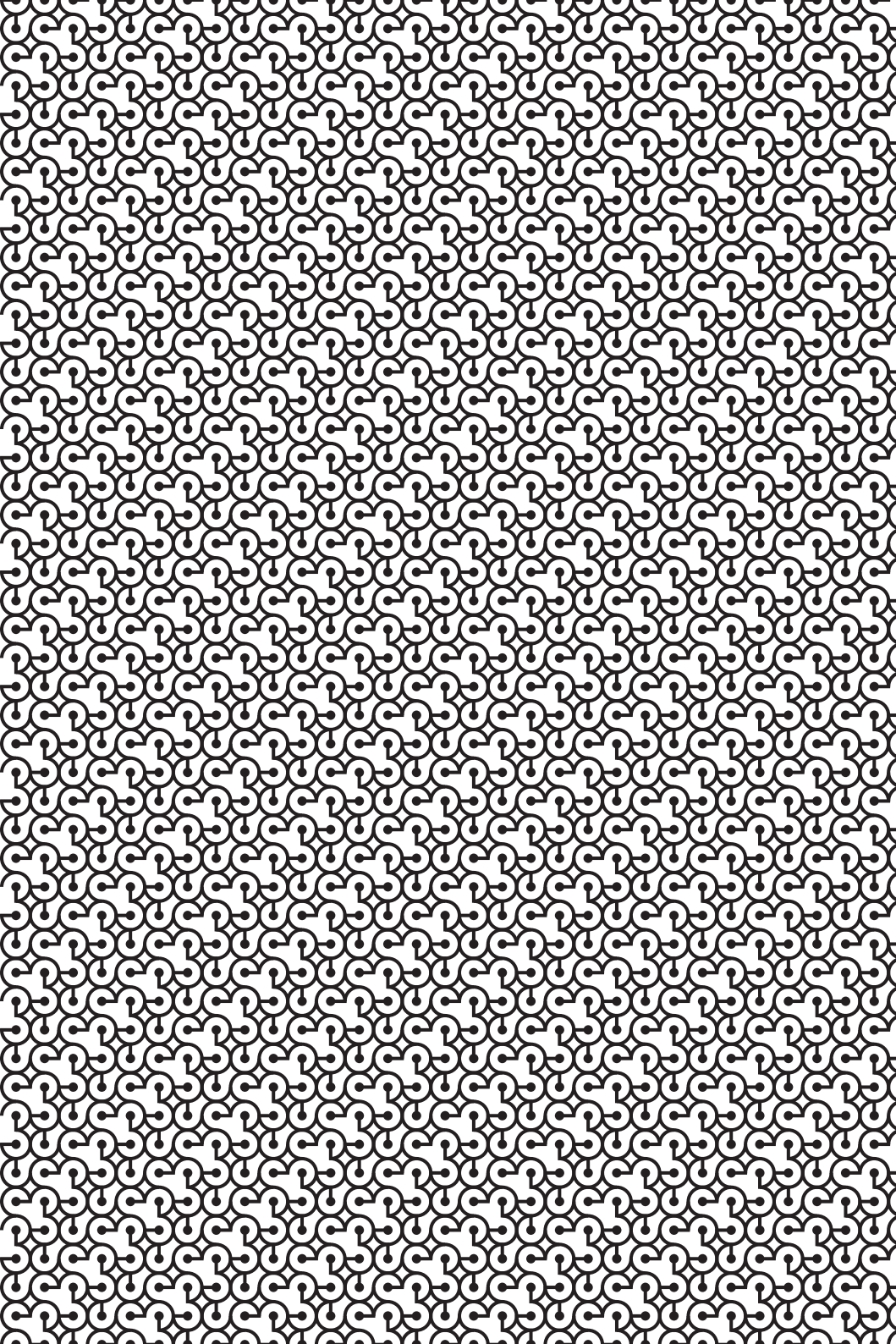
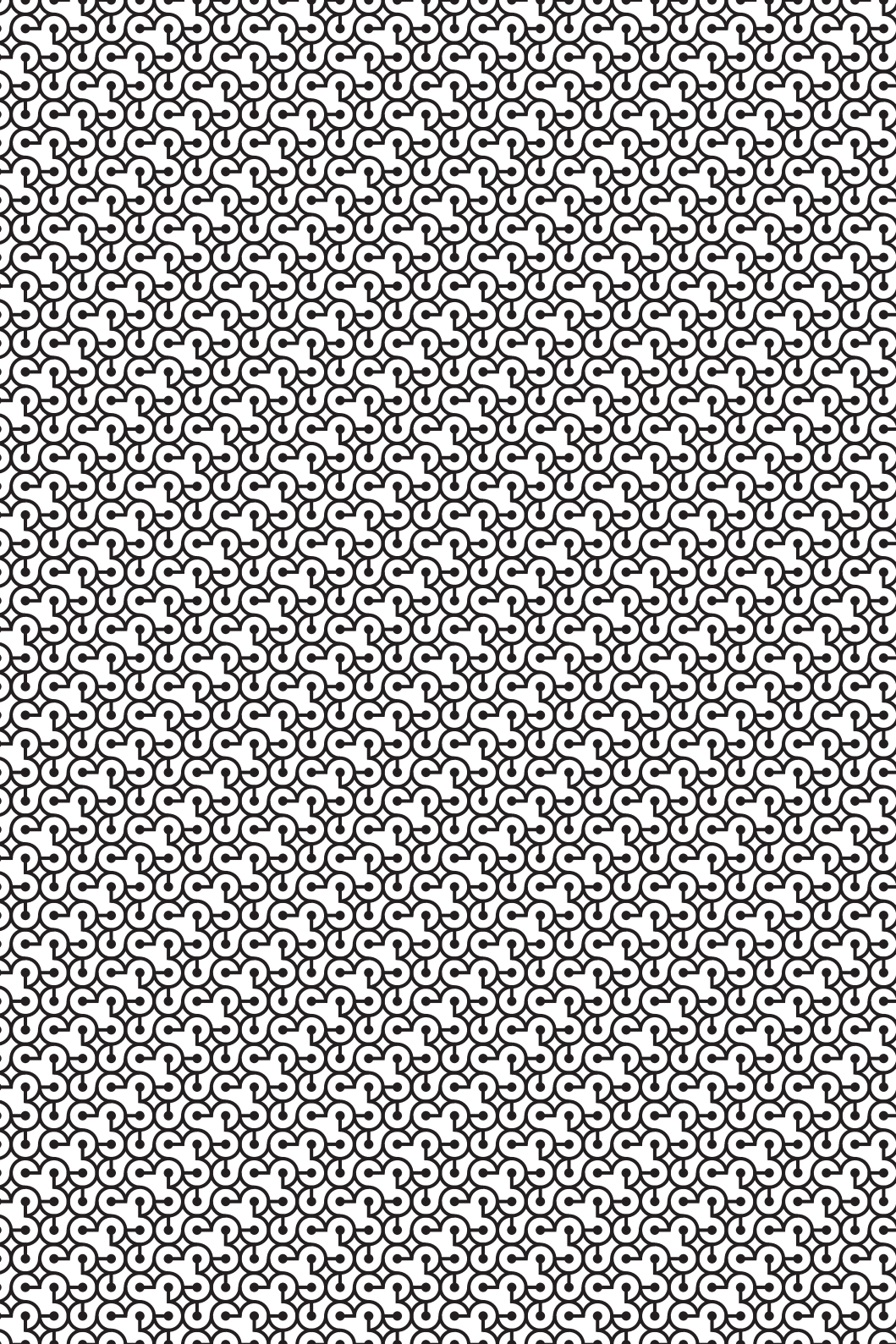






Vivir entre extraños



Reina Roffé

Vivir entre extraños

Relatos de soledad y desarraigo



menos**cuarto**

© Reina Roffé, 2024

© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2025

ISBN: 978-84-19964-40-3

Dep. legal: P-214/2025

Diseño de colección: Echeve

Ilustración de cubierta: Rod Long | unsplash

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.

C/ Italia, 49

34004 PALENCIA (España)

Tfno.: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

«Ya no tenemos el mar,
pero tenemos voz para inventarlo.
No tenemos el mar,
pero tenemos mares que no podremos olvidar.
El mar encrespado de la cólera,
el mar viscoso del destierro,
el fúlgido mar de la soledad,
el mar de la traición y el desamparo.»

Fragmento del poema «Mar»
de REINALDO ARENAS

Vivir entre extraños

«Mi madre nunca me dio la mano.»

La asfixia, VIOLETTE LEDUC

Llega. Vuelve una vez más. ¿Agosto de 1999? Viene del verano y siente cruel el frío húmedo que la envuelve y penetra, algo desolador se mete en sus huesos. Trece horas de vuelo y varias más en esperas, trayectos, diecisiete sin descanso —calcula—, sin un verdadero descanso. Todavía con el abrigo puesto —ese largo, negro, de invierno europeo— se deja llevar por su madre hacia el balcón, apenas entra las maletas. Está urgida por mostrarle algún estropicio que escamotea el saludo, ¿un abrazo, un beso? Hace más de un año que no se ven.

—Mirá —ordena—, quiero que veas eso, pero no lo toques ni lo pises.

—¿Qué tengo que mirar?

—¿No lo ves?

El balcón está como siempre, diáfano y con la misma única planta que se alimenta de la lluvia y se ha vuelto una especie de cactus salvaje lleno de espinas.

—¿Te referís a la planta? —murmura temerosa de esa cara desencajada y violenta, de ojos velados por el odio.

—¿Estás chicata, vos? ¿No la ves, no ves esa mancha?

—¿La de agua?

—No es agua —dice como clamando al cielo—. Ojalá lo fuera. Es algo malo, muy malo.

Pide que la deje ponerse cómoda, al menos quitarse el abrigo. Le propone que prepare café y, con el café, hablar de aquello que tanto la perturba. Su madre parece aceptar, no sin cierta contrariedad, y se dirige a la cocina con resignación, como si su hija fuera una idiota irremediable con la que no se puede entender.

El café es La Morenita, de sabor tropical, que seguirá tomando en esa cocina cada vez que regrese. Ha observado algunos cambios en el departamento. A simple vista, le parecen favorables. Años sin que nada mudara de lugar o de aspecto. La austeridad era un principio, no una coyuntura temporal; aunque tuviera dinero, jamás compraba nada por el solo gusto de ver algo intacto entre tanta loza rajada. Conservaba las reliquias de bazar barato con las que se había surtido al casarse, aquello de uso diario; lo bueno o lo nuevo que le habían regalado permanecía aún envuelto. Todo lo que había en la casa, muebles, vajilla, adornos se remontaba a esa época y había sido conservado contra viento y marea, desafiando el deterioro, las tremendas heridas del tiempo. Esa mujer era, en realidad, la antítesis del ama de casa, que intenta hacer de su hogar un espacio grato y confortable. Nunca había apreciado ese don de caridad y esperanza que hay en las cosas bellas o por estrenar. Hasta los colchones tenían no menos de cuarenta años.

—Es increíble lo que me pasa —dice indignada.

—¿Qué te pasa?

—Los de arriba, los inquilinos del piso de arriba.

—¿Hacen ruido?

—Si fuera solo ruido. Ocho meses que los agunto. No hacen otra cosa que tirarme porquerías.

—¿En el balcón?

—Eso que viste en el balcón, ¿sabés lo que es? Gualicho —exclama como soltando una bomba.

Al fin lo ha dicho. Al fin afloja su angustia.

—¿Y por qué te van a tirar eso?

Su madre la mira con desdén. Dice:

—Porque un día subí a quejarme. Algo raro pasa ahí, mueven todo y parece que se me va a caer el techo en la cabeza. Fue un error, ahora el tipo me la tiene jurada.

—Vive un tipo solo.

—No, vive el tipo y unos cuantos más, la mujer, los hijos. Pero él es terrible, tiene ojos de brujo. Me echó los perros encima y tuve que gritar para que me los quitara.

Todos sus relatos, sus dramas, eran recortes para armar. Hablaba como si su interlocutor conociera la historia o creyera que ya se la había narrado con pelos y señales. Por eso, le daba un fastidio enorme tener que aclarar algún punto, volver a contar, responder preguntas. Fastidio que rayaba en lo patológico, como si el otro, el escucha, fuera una especie de malvado que le hacía repetir a propósito para cuestionar su relato o, más grave aún, se hacía el tonto, el desentendido por el gusto de tomarle el pelo, burlarse de ella, y que ella cayera una y otra vez en la trampa de la propia narración.

La hija indaga:

—¿Pero qué es el gualicho exactamente? —no acaba de preguntar cuando ya se arrepiente.

—Aparenta ser tan inteligente —dice su madre hablando con alguien innominado y ausente— y no sabe qué es eso. ¡Ni que fuera una caída del catre!

La hija se ríe, no puede más que reírse. La madre también lo hace contagiada o necesitada de capturar un espacio de distensión. Luego, explica, alecciona con calma:

—Hay unos que son para atraer el amor de alguien y otros para hacer daño y sacarse de en medio a una persona. Estoy segura: los de arriba preparan brebajes y sustancias que arrojan en algún sitio de la casa para que enfermes o mueras. Y ese trabajito me lo están haciendo a mí.

—Supercherías —dice—. Te estás obsesionando. Olvidate de ellos. Ahora estoy yo y si oigo ruidos o veo algo que no me gusta, subo y les digo unas cuantas o directamente pongo una denuncia en la comisaría.

—Pero te van a engualichar a vos también.

—No, porque yo no creo en eso. Y ahora, por favor, cambiemos de tema.

Mientras toman el café, la hija se pregunta si su madre solía darle la mano, no ahora que ni siquiera la ha saludado con un beso, sino de niña. Recuerda que, por la calle, sí. Era una mano rasposa. Por eso, se soltaba con facilidad y quizás hasta con desdén. ¿Qué podía hacer por entonces, sino ejecutar pequeñas maldades y venganzas, impregnada, como estaba, por la corriente de las tías que veían a su madre como si fuera una sirvienta? Las sirvientas, de tanto lavar ropa, tenían la piel agrietada y no usaban cremas que remediaran sus asperezas. Esa mano le producía cierto rechazo. ¿De verdad, se pregunta, o es una exageración?